

tuviesen con él y para enviarlos á predicar; y les dió potestad de curar las enfermedades y lanzar los demonios: Simon, á quien apellidó Pedro, y Andrés su hermano, Santiago y Juan su hermano, Felipe y Bartolomé, Mateo y Tomás, Santiago, hijo de Alfeo, y Simon el cananeo que se llama Zelotes, y Judas, hermano de Santiago (es decir, hermano de Santiago á quien acabamos de nombrar en último lugar), y Judas Iscariotes que fué el traidor. (San Márcos, III, 13 á 19, y San Lucas, VI, 12 á 16)."

¡Con qué irreflexion suelen elegirse los ministros del altar! Jesucristo nos demuestra toda la importancia que debe darse á esta eleccion, preparándose á la de sus apóstoles con el retiro, las vigiliass y la oracion. Su Iglesia ha fijado cuatro témporas, en las que somos llamados particularmente á dirigir nuestras oraciones á Dios, para que le dé dignos ministros. ¡Y cómo nos atreveriamos á eludir esta obligacion, cuando él mismo nos dice: Pedid al dueño de la cosecha, que envíe operarios á su mies (San Mat., IX, 38, y San Lucas, X, 2)?"

#### CAPITULO XVI.

##### LAS BIENAVENTURANZAS: INSTRUCCIONES QUE DA EL SEÑOR A SUS APOSTOLES.

"Y bajando con ellos, se detuvo en una llanura (1) con la turba de sus discípulos, y gran multitud de pue-

(1) Jesus habia pasado la noche solo y en oracion en lo mas elevado de la montaña, y allí llamó á sus discípulos por la mañana. Despues de

blo de toda la Judea y Jerusalem, de la marina y de Tiro y Sidon, que habian ido á oírle y curarse de sus enfermedades. Y los que eran atormentados de los espíritus inmundos, sanaban. Y la multitud procuraba tocarle, porque salia de él una virtud y los curaba á todos. Y levantando él los ojos hácia sus discípulos, decia: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. (San Lucas, VI, 17 á 20)."

En mi concepto, esta pobreza de espíritu se explica mejor cuando se pone en paralelo con el ejemplo de los fariseos ó del obispo de Laodicea. En su espíritu, en su imaginacion se creian ricos en obras y méritos, por lo cual estaban orgullosos y arrogantes. Nuestro Señor compara á los fariseos con unos sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos á los hombres, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de podredumbre. (San Mateo, XXIII, 27).

Jesucristo dice al obispo de Laodicea, por boca del discípulo amado: "Tú dices: soy rico y opulento y de nada necesito, y no sabes que tú eres miserable, desgraciado, pobre, ciego y desnudo (Apoc., III, 17)."

Su virtud era vana y nula, como la de los fariseos, y una virtud de esta especie engaña al que se gloria de ella. El pobre de espíritu sabe que no puede nada por sí mismo, y que produce tan poco fruto como el sarmiento separa-

haber elegido sus apóstoles, se fué con ellos hácia una falda espaciosa de la misma montaña, donde estaba mas alto que el pueblo que le escuchaba. De este modo concuerdan perfectamente San Mateo y San Lucas.

do de la cepa: sabe y conoce lo que nos enseña el Señor cuando dice: Yo soy la viña, y vosotros las ramas. El que permanece en mí y yo en él, da muchos frutos, porque sin mí no podeis hacer nada.” Como no se atribuye ningun mérito personal, ve la verdad, y de ahí resulta que cumple la verdad. . . . y sus obras son hechas en Dios. (San Juan, XV, 5, III, 21). “Por mi parte, dice el real Profeta, mi bien es acercarme al Señor y poner mi esperanza en Dios. (Salm. LXXII, v. 27).” La verdad y el amor, la luz y el calor, provienen del mismo origen, del Padre de las luces. (Santiago, I, 17). “Esta verdad y este amor producen la humildad, planta amable que no conoce pais extraño, que no prospera ni da frutos, sino en el reino de la verdad, cuyo rey es Jesucristo. (San Juan, XVIII, 36 y 37).”

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. (San Mateo, V, 5).”

Hay una alegría santa y una alegría impía, una tristeza santa y una tristeza profana. Esta santa tristeza de que tanto necesitamos, proviene de la idea de habernos alejado de Dios por el pecado. Descúbrese en muchos cánticos de David, particularmente en los salmos llamados penitenciales; y de ella dice el Apóstol (Epist. II á los Corint., VII, 10): “La tristeza que es segun Dios (1), produce una penitencia estable para la salud; mas la tristeza del siglo produce la muerte.” Aun cuan-

(1) La Vulgata da el sentido literal del griego: *E Kata Theon lupe, tristitia secundum Deum.*

do se consuela esta tristeza segun Dios, y se convierte en una tristeza dulce, en una consolacion, en un sentimiento de alegría por la memoria del perdon; todavía quedan, sin embargo, motivos de dolor, causados, ya por el temor de una recaída, ya por el pecado de que quedamos contaminados aunque no nos domine, ya por los pecados de otros y el olvido de Dios entre los hombres. “La muerte está en mis huesos, dice David en medio de su dolor (Salm. XLI, v. 10): cuando mis enemigos me afligen, y cuando mis perseguidores me dicen sin cesar: ¿Dónde está tu Dios?” Pero sin contar siquiera sus propios pecados ni los pecados del prójimo, sus riesgos personales ni los peligros de otro, el alma consagrada á Dios siente un dolor que le es peculiar, un dolor dichoso y piadoso, el dolor del amor. El real Profeta que llevaba esta flecha en su corazon, exclama: “A la manera que el ciervo corre anhelante á las fuentes de aguas, así mi alma anhela por tí, oh Dios. Mi alma tuvo sed de Dios vivo: ¿cuándo iré y apareceré ante la faz de Dios (Salm. XLI, v. 1 y 2)?” Santa Teresa, herida en el corazon por esta misma saeta, suspiraba por su Dios, y gustaba de este dolor del amor, porque el amor era su elemento; así es, que de lo íntimo de su corazon inflamado, conjuraba á su Dios que la dejase ó padecer ó morir.

La Sagrada Escritura no se contenta con dar grande importancia á estas aficciones de las almas piadosas, sino que las hace una condicion de salud: el exámen de

esta verdad repugna á nuestro corazon altivo y sensual. Jesucristo dice (San Mat., XVI, 24): "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame." Y San Pablo, hablando de la filiacion de los hijos de Dios, dice (Ad Rom., VIII, 17): "Mas si somos hijos, tambien somos herederos, herederos ciertamente de Dios, y coherederos de Cristo, siempre que padezcamos con él, para ser glorificados con él."

Terminemos la consideracion sobre la bienaventuranza de los que lloran, con las palabras del venerable Tomás de Kempis: "Seguramente si hubiera habido una cosa mejor y mas provechosa para la salud de los hombres que los trabajos, nos la hubiera enseñado Jesucristo con sus palabras y ejemplo; pero claramente exhorta á los discípulos que le siguen, y á todos los que pretenden reunirse á él, que tomen su cruz, y les dice: Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue á sí mismo, tome su cruz todos los dias, y sígame. Por manera, que despues de bien leído y examinado todo, resulta por fin como cosa cierta, que debemos entrar en el reino de Dios, pasando por muchas aflicciones."

"Bienaventurados los que son mansos, porque ellos poseerán la tierra. (San Mateo, V, 4) (1)."

(1) Leemos en la Vulgata la bienaventuranza de los mansos antes de los que lloran, y San Agustin sigue el mismo orden; mas yo he creído que debía seguir el que hallamos en nuestros ejemplares griegos, aunque no hay duda que este Santo Padre, lo mismo que San Gerónimo, hallarian

Segun algunos Santos Padres, la palabra *ten gen*, la tierra (que puede designar el territorio lo mismo que el universo), quiere decir, la bienaventuranza eterna, el cielo. San Agustin (*De sermone Domini in monte*) dice, que esta tierra es la de que habla el Salmista (Salmo CXLI, v. 6): "Tú eres mi esperanza y mi herencia en la tierra de los vivos."

San Gerónimo da una explicacion semejante, y cita en sus ejemplares el orden que siguió el uno en la Vulgata, y el otro en su comentario.

NOTA.—Es menester no perder de vista que la Vulgata, como declarada auténtica por el Tridentino, tiene mas peso de autoridad que los ejemplares griegos, los cuales, en la actualidad, no se hallan con la pureza original: verdad es, que deben ser consultados, y con gran diligencia; por manera, que se puede aplicar al caso aquello de Horacio: *Nocturna versate manu, versate diurna*: verdad es, que en las varias lecciones que la santa Iglesia aun no ha decidido, y se controvierten entre los sagrados expositores y teólogos, es menester recurrir á ellos para esclarecer la cuestion: verdad es, que sin el conocimiento de la lengua griega para leer en el ejemplar griego muchos pasages, jamas será fácil penetrar en los sentidos mas recónditos, que especialmente los Padres griegos han hallado en repetidas frases de las divinas Escrituras. Pero tambien es verdad que hoy, despues de la definicion del Concilio de Trento, todo esto solo ha de servir para mejor esclarecer la version de la Vulgata, no para anteponer aquellos ejemplares á nuestra Vulgata latina. (Véase á Melchor Cano, de loc. Theol. l. 2, c. 12, 13 y 14). Adicion del apróbatante mexicano.

el salmo XXVI en que se dice: "Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivos," añadiendo: "Nadie se hace dueño de esta tierra en que vivimos, por la mansedumbre sino por el orgullo. (San Geron. *Ad Mat. V.*)"

Por excelente que sea esta interpretacion, creo que no carece de dificultades. En el caso en que David queria hablar del reino de los cielos, podia como poeta llamarle *tierra*, mucho mas cuando añade de los *vivos*, la tierra de los vivos; pero querer dar este sentido á las palabras de Jesucristo dirigidas al pueblo, me parece forzado, mayormente cuando el reino de los cielos se ha prometido antes á los que son pobres de espíritu. Supuesto que la expresion es diferente, el sentido debe serlo tambien: déjase entender que los mansos alcanzarán el reino de los cielos, porque es claro que Jesucristo no habla solamente de las personas de carácter manso, sino de las que fortalecidas y santificadas por su espíritu, practican esta noble virtud por amor de Dios. "Porque todos los que son movidos por el espíritu de Dios, son hijos de Dios. . . Mas si son hijos, son tambien herederos, herederos ciertamente de Dios, y coherederos de Cristo. (Ad Rom., VIII, 14, 17)." Mas parece aquí, que fuera de la herencia eterna á que tienen derecho los que son mansos, se les promete alguna cosa peculiar de ellos.

De ahí proviene la idea de los Quiliastas, que suponen, que por esta posesion de la tierra ha de entenderse una herencia en el reino de mil años que aguardan; pe-

ro esta idea está sujeta á muchísimas dificultades, porque no se comprende por qué los mansos habrian de disfrutar mas ventajas en aquel reino, que los pobres de espíritu, los limpios de corazón, &c. Paréceme evidente, que nuestro Señor hace aquí alusion al pasage del salmo XXXVI, v. 11, en que se dice: "Mas los mansos heredarán la tierra, y se deleitarán en la abundancia de la paz."

Quando uno se figura el tiempo en que hablaba Jesucristo, y los oyentes á quienes se dirigia, tal vez encuentra otra explicacion que la que se presenta ordinariamente. Nuestro Señor veia delante de sí una gran multitud de hombres, que gimiendo bajo el yugo extranjero, por aquella misma época esperaban el Mesías, y en él un libertador victorioso y conquistador. Era doloroso para los galileos, verse gobernados por un Herodes que dependia de los romanos; mas los que iban de la Judea, estaban oprimidos con la dominacion inmediata de los romanos, que se habia hecho todavía mas insoportable por la avaricia y crueldad del aborrecido Pilato. A pesar de la inutilidad de los esfuerzos tanteados para quebrantar el yugo, el deseo de conseguirlo se abrigaba en todos los corazones, y se ocultaba bajo la ceniza como un fuego que no necesita mas que un soplo para despedir llamas terribles. La muerte, la pérdida de la libertad y el destierro, habian sido muchas veces la recompensa de los que se resistian al poder de Roma. Cuarenta años despues vinieron á caer estos

males sobre toda la nacion. Los naturales pacíficos del pais, aunque oprimidos, habian disfrutado hasta entonces, de la libertad personal y del derecho de propiedad, y sobrellevando aquellas desgracias con entera sumision á la voluntad de Dios, y esperando su socorro con un corazon tranquilo, podian aun entonces, gozar quietud cada uno á la sombra de su viña y de su higuera. (Libro III de los Reyes, IV, 25, Miqueas, IV, 4, y Zacarías III, 10).

Mas tambien es cierto en un sentido mas lato, que solo el espíritu manso y pacífico proporciona la tranquilidad, sin la cual ninguna otra fruicion tiene precio. La religion de Jesucristo abunda en bendiciones para lo presente y para lo futuro, y solo bajo su yugo ligero se halla la paz del alma, cuando se aprende de aquel á ser manso y humilde de corazon. (San Mateo, XI, 29). Por lo demas, los Santos Padres dicen, que el reino de los cielos se promete bajo nombres diferentes á todas estas bienaventuranzas; pensamiento tan exacto como excelente.

“Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia (\*), porque ellos serán hartos. (San Mateo, V, 6).”

(\*) No basta, dice San Gerónimo, desear simplemente la justicia; es necesario tener hambre y sed de ella, esto es, amar y buscar con el ardor posible, todo aquello que hace justo al hombre delante de Dios. No se comprenden aquí los que olvidados de su propia justificacion, muestran un grande celo y ardor de hacer justos á sus prójimos: los que tienen dos pesos y dos medidas; la una para sí mismos, y la otra para los otros (*Prov.* XX, 10), sino aquellos que al paso que trabajan en la justificacion de los

Cualquiera, por poco versado que esté en nuestras Santas Escrituras, sabe muy bien que por la palabra *justicia* se entienden todas las virtudes. La justicia consiste en dar á cada uno lo que le corresponde; y la religion de Jesucristo nos enseña, que debemos amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos. Si nosotros pagamos á Dios y al prójimo el amor que les debemos, habremos cumplido toda la ley. El amor es la plenitud de la ley, como dice San Pablo. (*Ad Rom.*, XIII, 10).

El que tiene hambre y sed de esta justicia, de que habla aquí nuestro Salvador, será harto, segun San Agustín, de aquel alimento de que decia Jesus: Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió para que cumpla su obra. (*San Juan*, IV, 34). Su sed se apagará con aquella agua de que decia el Señor á la samaritana: El que bebiere del agua que yo le diere, no tendrá sed nunca jamas; sino que el agua que yo le dé, se hará en él una fuente de agua que brota para la vida eterna. (*San Agustín De sermone Domini in monte*). El que tiene hambre y sed de justicia, tiene tambien hambre y sed del mismo Dios; y esta hambre y esta sed se satisfarán en la eterna union con él.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. (San Mateo, V, 7).”

otros, procuran mas y mas arreglar sus costumbres y vida á la ley eterna é invariable del Señor; pues estos lograrán una hartura cumplida en la mesa del Esposo celestial. (Nota del Illmo. Scio al cap. 5.º de San Mateo).

¿Qué prueba nos da el hijo de Dios de la infinita misericordia del Criador, asegurando que el eterno, el infinito, nos concederá eternamente misericordia á nosotros, ruines criaturas, si somos misericordiosos para con nuestro prójimo; nosotros, cuya misericordia es de desgraciado á desgraciado durante esta vida fugitiva!

“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios. (San Mateo, V, 8).”

San Agustín, explicando estas palabras, dice, que es menester recordar aquí aquellas expresiones: Buscadle en la sencillez de vuestro corazón; porque un corazón limpio es un corazón sencillo; y á la manera que no se puede mirar la luz del día sino con ojos limpios, tampoco podemos ver á Dios sin tener la pureza de corazón, único medio de hacerle visible para nosotros. En efecto, la limpieza y simplicidad de corazón son cosas sinónimas. Aficionar nuestro corazón á muchos objetos, es una perfidia, una especie de idolatría: referir todas las cosas á Dios, esa es el alma de nuestras Santas Escrituras, la esencia del cristianismo: “Estará lleno del temor del Señor,” dice el profeta Isaías hablando del Mesías. (Cap. XI, v. 3). El mismo Salvador dijo: “Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió para que cumpla su obra. (San Juan, IV, 34).” Mientras estamos llenos del temor del Señor, y nuestro alimento sea hacer su voluntad, seremos sus verdaderos imitadores.

Para llegar á esta vida del alma, es necesario que hagamos incesantes esfuerzos, y que pidamos de todo co-

razón. Los que llegan á conseguir la limpieza de corazón, no necesitarán ser purificados después de la muerte, porque el amor los purifica ya en la tierra. Los limpios de corazón no solamente conseguirán siempre ver á Dios, sino que le verán en cuanto su alma se separe del cuerpo.

“Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. (San Mateo, V, 9).”

¿Cómo siendo hijos de un Padre que por nuestro amor entrega su Hijo único, consustancial á él, y siendo hermanos de este Hijo único, nos atreveríamos á enemistarnos unos con otros? ¿Querriamos ó podríamos hacerlo? ¿Vivir en enemistad con unos hermanos por quienes murió Jesucristo lo mismo que por nosotros, á quienes declaró sus hijos como á nosotros, y para quienes sentado á la diestra de su Padre, pide de continuo misericordia!

La palabra *pacificus* de la Vulgata, que ordinariamente se usa para decir *pacífico*, significa *pacificador*. La voz griega *cirenopoios*, encierra el mismo sentido. El amor de los hijos de Dios ha de ser activo, y no solo debe evitar la disensión, sino también restablecer la paz donde quiera que se turbe, y hacer todos los esfuerzos para conseguirlo.

Cuando un odio declarado rompe la concordia, ¿no es contrario á la doctrina cristiana hablar mal de nuestro hermano, calumniarle sin saberlo él, descubrir sus flaquezas y divulgar sus defectos verdaderos ó supues-

tos? Con semejante conducta, faltamos á la caridad para con él y para con los que nos escuchan, ya los escandalicemos, ya los incitemos á pecar con nosotros, tanto por la participacion actual en nuestras calumnias y chanzas, cuanto por la satisfaccion que hallan en ellas.

“Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. (San Mat., V, 10).”

El reino del mundo hace guerra continua, encubierta ó declarada, al reino de Jesucristo. Así debe suceder: los hombres no pueden ser indiferentes respecto de una doctrina que combate la sensualidad y el orgullo, estos señores y representantes del príncipe del mundo, que reinan en el espacio y en el tiempo, y á cuyo yugo se someten los hombres. La vida del que profesa y practica la doctrina de Jesucristo, aun cuando no hable, acusa de continuo y condena al mundo. Ha habido tiempos de sangrientas persecuciones, y los habrá siempre, tales como los que hemos experimentado ya. La sátira ha sido una arma de persecucion en todas épocas; pero en ningun siglo ha sido mas amarga que en el presente.

En un tiempo como este, en que una multitud de hombres tienen las Santas Escrituras por fábulas, porque los mandamientos de Dios se oponen á sus pasiones, porque miran la abnegacion propia como una locura, y la mansa humildad como una bajeza (aunque es-

ta virtud, fuerte por el poder de Dios, subyuga al mundo y al príncipe del mundo); cuando embebecidos en el amor de sí mismos no tienen ninguna idea de la verdadera caridad, ni por consiguiente de la religion; en una época en que es ridiculizado todo lo verdaderamente grande y noble, y en que la mayor deshonra consiste en parecer ridículo; cuando la falsa vergüenza, ese orin viejo del alma, inspira ya á los jóvenes la sabiduría facticia del antiguo cortesano, sin que la turbe ningun pensamiento grave; en semejante época, es preciso que sea ridiculizado todo lo sagrado, y cuanto mas progresa este modo de pensar, mas debemos temer que lleguen los tiempos de persecuciones declaradas y sangrientas. Veremos las persecuciones crueles que predijo nuestro Señor á sus apóstoles. Despues de haber hablado así á todos los oyentes, parece que se dirige con mas particularidad á sus apóstoles, y les dice: “Bienaventurados sois cuando os maldijeren y persiguieren, y dijeren con mentira todo mal contra vosotros por mi causa. Regocijaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos. Así persiguieron á los profetas, que fueron antes de vosotros. (San Mat., V, 11 y 12).”

Los que confiesan el nombre de Jesucristo delante de los hombres, se obligan por el mismo hecho á observar una conducta irreprochable. Si obran en contra de este deber, pecan tanto mas gravemente, cuanto que es ultrajada por su causa la religion de Jesucristo, y faltan á la caridad, dando á otros ocasion de pecar contra ellos y

contra la religion, por la burla y la blasfemia. Esta y el desprecio, ó las persecuciones de todo género, solo son meritorias para nosotros, cuando estamos inocentes, cuando padecemos por amor de Dios, y es falso el mal que se dice de nosotros.

Jesucristo se dirige despues al mundo, y dispara contra él algunas saetas encendidas. He aquí cómo se expresa: "Pero desgraciados de vosotros los ricos, porque teneis vuestro consuelo. Desgraciados de vosotros los que estais hartos, porque tendreis hambre. Desgraciados de vosotros los que ahora reis, porque gemireis y llorareis. Desgraciados de vosotros cuando los hombres dijeren bien de vosotros, porque así obraban sus padres con los falsos profetas. (San Lúcas, VI, 24 á 26)."

Si la pobreza de espíritu, el hambre y la sed de justicia, la tristeza causada por el arrepentimiento, y el deseo ardiente de poseer aquel por quien hemos sido criados, son bienaventuranzas porque nos alcanzan la salud eterna y nos reunen con Dios, es evidente que los sentimientos opuestos deben ser la fuente de grandes males. El que pone sus delicias en las riquezas de la tierra, y las considera, no como *medio*, sino como *bien*, ese es esclavo del oro, y segun el Apóstol, es idólatra. (Epist. á los de Efeso, V, 5). No menos peligroso es mirar las ventajas espirituales como un *bien*, porque tampoco son mas que un *medio*, y solo llegan á ser un *bien*, por el buen uso que de ellas se hace. Debemos hacer fructificar unas y otras para la eternidad. Los dones del al-

ma tienen mucho precio cuando son santificados; pero cuando no, aumentan la cantidad de nuestras deudas. ¡Qué insensatos son los que han echado de ver demasiado tarde, que los talentos de oro y plata, las riquezas interiores y exteriores que vieron figurar en la lista de sus bienes, están grabados en una tabla de bronce, como una deuda que no pueden ya pagar!

En tanto tienen valor todos los dones del alma y del corazon, la alegría y el buen humor, en cuanto se santifican. La alegría de un hombre que no posee la paz interior de conciencia, es un delirio. Pondéranse el buen humor de un hombre de talento, y la jovialidad atractiva de una muger; pero si ésta es frívola y aquel orgulloso, en una palabra, si los dos no están en paz con Dios, se parecen uno y otro á un hombre que duerme en medio del mar, y á un piloto adormecido que ha perdido el timon. (Libro de los Proverbios, XXIII, 34).

Despues de esto, vuelve el Señor á sus discípulos y les dice:

"Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se disipare, ¿con qué se salará? Para nada sirve mas que para arrojarla al suelo y que la pisen los hombres. (San Mat., V, 13)."

Es deber de los que enseñan en la Iglesia de Dios, derramar sal sobre los fieles con sus discursos y ejemplos, para preservarlos de la corrupcion. Jesucristo quiere santificar su rebaño por el ministerio de los doctores;



¿y quién santificará á éstos, si no se han santificado ellos mismos?

Bellísimo es el pensamiento de San Agustín á este propósito: “Se pisa, no al que padece persecucion, sino al que se deja turbar por el temor de la persecucion, porque no puede pisarse sino lo que está debajo; y el hombre, cuyo corazon está fijo en el cielo, aunque su cuerpo sufra mucho en la tierra, no puede estar debajo. (*De sermone Domini in monte*).”

“Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada sobre una montaña, ni se enciende una luz y se pone debajo de un celemin, sino en un candelero para que alumbre á todos los que están en la casa. Así luzca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. (San Mat., V, 14 á 16).”

Lo que aquí dice Jesucristo á sus apóstoles, se dirige á todos los cristianos, aunque en proporcion desigual, porque el ejemplo de los que enseñan, ejerce grandísima influencia en la Iglesia. ¿De qué nos serviría confesar al Señor de boca, si le negasen nuestras obras? Así como no bastaría no negarle con palabras, si no confesáramos públicamente su nombre, tampoco bastaría abstenernos de toda accion que pudiera escandalizar, si no le glorificásemos con buenas obras.

Debemos practicar éstas, porque la fé sin ellas es fé muerta. “Así como el cuerpo sin alma está muerto, así

la fé sin obras es muerta,” dice el apóstol Santiago. (Epist. Cat., II, 26). No debemos ocultar nuestras buenas obras por una falsa vergüenza, porque eso seria sonrojarnos de la profesion de Jesucristo; pero tampoco hemos de practicarlas ni manifestarlas para merecer la aprobacion de los hombres. El que las oculta por una falsa vergüenza, obra por el mismo motivo que el que las manifiesta exteriormente por ser visto: quiere agradar al mundo. “¿Acaso pretendo agradar á los hombres? dice el Apóstol (ad Gal., I, 10): si agradara á los hombres, no seria siervo de Jesucristo.” Nuestro Salvador indica el único motivo por que debemos hacer que luzca nuestra luz delante de los hombres: para que vean, dice, vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.

“No penseis que yo he venido á quebrantar la ley ó los profetas: no he venido á quebrantarla, sino á cumplirla. Porque en verdad os digo, hasta que pasen el cielo y la tierra, no pasará una jota ó un ápice de la ley hasta que se hagan todas estas cosas. Así, el que violare uno de estos mandamientos mínimos y enseñare así á los hombres, se llamará el menor en el reino de los cielos (\*); mas el que obrare y enseñare, se llamará grande en el reino de los cielos. (San Mat., V, 17 á 19).”

Dios dió dos clases de leyes á los israelitas, la ley moral y la ley ceremonial. La primera ya la habia ma-

(\*) Será excluido del reino de los cielos. Así explica estas palabras San Agustín. (Nota del Illmo. Scio al cap. 5.º de San Mateo).